La esperanza como tarea catequética

Hay palabras que, por su uso frecuente, corren el riesgo de perder densidad. «Esperanza» es una de ellas. La empleamos para expresar deseos, expectativas o la confianza en que las circunstancias puedan mejorar. Esperamos que termine una guerra, que se resuelva una dificultad, que mejore una situación personal o social. En este sentido cotidiano, la esperanza queda vinculada a aquello que todavía no poseemos y que deseamos alcanzar. Sin embargo, la esperanza cristiana posee una profundidad distinta. No nace simplemente de la expectativa de que el futuro sea mejor que el presente, sino de la certeza de que Dios ha entrado definitivamente en la historia y la conduce hacia su plenitud.

El Jubileo de 2025 ha vuelto a situar la esperanza en el centro de la vida de la Iglesia. El lema «Peregrinos de esperanza» no constituye únicamente una expresión adecuada para acompañar un acontecimiento extraordinario. Contiene una verdadera propuesta eclesial. La bula *Spes non confundit*, con la que el papa Francisco convocó el Año Santo, comienza precisamente recordando la afirmación paulina: «La esperanza no defrauda» (Rom 5,5). No se trata, por tanto, de generar un optimismo ingenuo ante las dificultades del presente, sino de recuperar una dimensión constitutiva de la existencia cristiana.

Esta llamada resulta especialmente significativa para la catequesis. Si la catequesis está al servicio del encuentro con Jesucristo y de la maduración de la vida creyente, entonces educar en la esperanza no puede considerarse una tarea secundaria. En un contexto cultural marcado tantas veces por la incertidumbre, la fragmentación y la dificultad para imaginar el futuro, la catequesis está llamada a convertirse también en un lugar donde sea posible aprender a esperar.

Una esperanza que tiene nombre

La esperanza cristiana no puede reducirse a una actitud psicológica positiva. Tampoco consiste simplemente en confiar en que las cosas terminarán saliendo bien. Su fundamento no está en las posibilidades humanas, sino en la fidelidad de Dios. Por ello, la esperanza cristiana tiene un nombre y un rostro: Jesucristo.

Esta afirmación resulta decisiva para comprender la tarea catequética. La catequesis no transmite principalmente una visión optimista de la existencia ni ofrece estrategias para afrontar las dificultades. Su misión consiste en favorecer el encuentro con aquel que da un horizonte nuevo a la vida. De ahí que el anuncio cristiano sea, por su propia naturaleza, anuncio de esperanza.

La centralidad del kerigma, recuperada con fuerza por la reflexión catequética contemporánea, encuentra aquí toda su importancia. Francisco recordaba en *Evangelii gaudium* que el primer anuncio debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora y de todo intento de renovación eclesial. Ese

anuncio proclama que Jesucristo ama, salva, vive y permanece junto a cada persona. Por eso, el kerigma es inseparable de la esperanza: anuncia que ninguna existencia está definitivamente cerrada, que el pecado y la muerte no poseen la última palabra y que la historia permanece abierta a la acción salvadora de Dios.

La catequesis debe volver continuamente a este centro. Existe siempre el riesgo de convertirla en transmisión ordenada de conocimientos religiosos, en preparación inmediata para la recepción de los sacramentos o en aprendizaje de determinadas prácticas cristianas. Todo ello puede formar parte legítimamente del proceso catequético, pero pierde su sentido cuando se separa del acontecimiento que lo sostiene: el encuentro con Cristo.

Educar en la esperanza significa, por tanto, ayudar a descubrir que la fe cristiana permite mirar la propia vida y la historia desde una promesa. El catequista no es simplemente quien explica contenidos; es también quien acompaña a otros para que puedan reconocer las huellas de esa promesa en su propia existencia.

Catequizar en un tiempo de incertidumbre

Hablar hoy de esperanza no es una cuestión meramente temática. Responde a una necesidad profunda de nuestro tiempo. Muchas personas, especialmente los más jóvenes, experimentan una relación difícil con el futuro. Las crisis económicas, los conflictos internacionales, la emergencia ecológica, las transformaciones tecnológicas, la precariedad laboral o la fragilidad

de numerosos vínculos personales generan con frecuencia una sensación de incertidumbre.

A ello se añade una transformación cultural más profunda. Durante mucho tiempo las sociedades occidentales estuvieron sostenidas por relatos capaces de ofrecer una cierta comprensión compartida del pasado, del presente y del futuro. La secularización y la pluralización cultural han debilitado muchos de esos marcos comunes. El individuo contemporáneo dispone de mayores posibilidades para construir su propio proyecto vital, pero también experimenta con frecuencia la dificultad de encontrar referencias estables desde las que orientar su existencia.

Esta situación interpela directamente a la catequesis. No podemos anunciar el Evangelio como si las personas que participan hoy en nuestros procesos catequéticos vivieran en el mismo universo cultural que hace varias décadas. Tampoco podemos presuponer una comprensión cristiana de la existencia que muchas veces ya no existe.

Pero reconocer este cambio no significa contemplar el presente únicamente desde la nostalgia. Cada época plantea sus dificultades y ofrece también nuevas posibilidades para el anuncio. La tradición cristiana nunca ha consistido en la repetición inmóvil de unas formas, sino en la transmisión viva de una experiencia de fe recibida. Precisamente porque existe una tradición que custodiar podemos buscar lenguajes nuevos para comunicarla.

La esperanza permite situarnos ante este desafío desde una perspectiva profundamente cristiana. La Iglesia no está llamada a añorar simplemente un pasado en el que la transmisión de la fe parecía más sencilla. Está llamada a

reconocer que el Espíritu continúa actuando en la historia y que también nuestro tiempo puede convertirse en lugar de encuentro con Dios.

En este sentido, una catequesis de la esperanza necesita aprender a escuchar. Antes de ofrecer respuestas debe conocer las preguntas, heridas, búsquedas y deseos de las personas concretas. La esperanza cristiana no se anuncia desde fuera de la existencia humana, sino entrando en ella. El Evangelio puede ser reconocido como buena noticia cuando ilumina aquello que verdaderamente ocupa y preocupa el corazón humano.

Aprender a esperar

La esperanza cristiana no es únicamente algo que se anuncia; también se aprende. Como la fe y la caridad, necesita ser educada, alimentada y ejercitada. Aquí aparece una de las tareas más sugerentes para la catequesis contemporánea: enseñar a esperar.

Aprender a esperar significa, en primer lugar, aprender a leer la propia historia desde la presencia de Dios. La experiencia cristiana descubre que Dios actúa muchas veces de manera discreta, respetando los tiempos de las personas y de los acontecimientos. La catequesis puede ayudar a releer la vida para reconocer esa presencia. La narración de la propia experiencia, el contacto con la Escritura, el testimonio de otros creyentes y la memoria de la acción de Dios en la historia de la salvación permiten descubrir que la existencia personal forma parte de una historia mayor.

En segundo lugar, aprender a esperar significa aceptar que no todo puede resolverse inmediatamente. Nuestra cultura se caracteriza en gran medida por la rapidez. La tecnología permite acceder de manera casi instantánea a información, productos, relaciones y experiencias. Esta lógica de la inmediatez puede trasladarse también a la experiencia religiosa. Se buscan respuestas rápidas, experiencias intensas o resultados visibles.

La vida cristiana, sin embargo, posee otra temporalidad. La conversión necesita tiempo. La fe madura lentamente. La comunidad se construye con paciencia. Dios mismo parece muchas veces hacerse esperar. La catequesis puede convertirse en una escuela de esta paciencia creyente.

Esto exige recuperar la dimensión procesual de la catequesis. No se trata simplemente de completar programas o recorrer temas, sino de acompañar itinerarios. Cada persona posee sus tiempos, sus preguntas y sus resistencias. El catequista debe aprender a caminar al ritmo de aquellos a quienes acompaña, confiando en que Dios actúa también cuando los frutos no son inmediatamente visibles.

La esperanza se convierte así en una virtud imprescindible para el propio catequista. Quien catequiza necesita esperar en Dios, pero también aprender a esperar en las personas. Necesita confiar en que una palabra sembrada puede fructificar mucho tiempo después. Quizá una de las tentaciones pastorales de nuestro tiempo sea medir demasiado pronto los resultados. La lógica evangélica de la semilla invita, en cambio, a sembrar con generosidad y a respetar el misterio del crecimiento.

Comunidades que hacen visible la esperanza

La esperanza cristiana no se transmite únicamente mediante palabras. Necesita signos. Y uno de los signos fundamentales de la esperanza es la comunidad cristiana.

La catequesis no puede entenderse al margen de la comunidad que la engendra, la sostiene y la acompaña. El *Directorio para la catequesis* insiste en esta dimensión eclesial. La comunidad no constituye simplemente el lugar físico donde se desarrolla la catequesis; es parte esencial de su mensaje. Una comunidad que acoge, celebra, acompaña, sirve y perdona hace visible aquello que la catequesis anuncia.

Esta cuestión resulta especialmente importante cuando hablamos de esperanza. Podemos explicar qué significa la esperanza cristiana, pero su credibilidad aumenta cuando las personas encuentran comunidades donde esa esperanza puede experimentarse.

Una parroquia que abre sus puertas a quien se siente solo; una comunidad capaz de acompañar el sufrimiento; unos catequistas que conocen por su nombre a quienes acompañan; una Iglesia en la que las personas vulnerables encuentran realmente un lugar; una comunidad que celebra con alegría y comparte los bienes; una catequesis en la que nadie queda excluido por sus capacidades, su historia o su situación: todos estos gestos poseen una profunda dimensión catequética.

Esto obliga también a ampliar nuestra comprensión de la catequesis. Catequizar no consiste únicamente en aquello que sucede durante una sesión determinada. La comunidad entera catequiza mediante su forma de vivir. Sus prioridades, sus relaciones, sus celebraciones y su manera de tratar a las personas transmiten una determinada imagen de Dios.

Por eso, renovar la catequesis exige también renovar las comunidades. Difícilmente podremos educar en la esperanza si nuestras comunidades aparecen cansadas, autorreferenciales o resignadas. El Jubileo constituye en este sentido una invitación no solo dirigida a los individuos, sino a la Iglesia entera: estamos llamados a convertirnos en signos de esperanza.

El catequista, testigo de esperanza

En este horizonte adquiere una relevancia especial la figura del catequista. La catequesis siempre ha necesitado buenos contenidos y métodos adecuados, pero ninguna metodología puede sustituir al testimonio.

El catequista no necesita presentarse como alguien que posee todas las respuestas. Su autoridad nace, sobre todo, de ser un creyente que también camina. Conoce la fragilidad, experimenta preguntas y atraviesa dificultades, pero ha descubierto una razón para seguir confiando.

Esta condición testimonial resulta especialmente significativa en una cultura que desconfía de los discursos institucionales y valora la autenticidad

de las experiencias personales. La fe se hace creíble cuando puede reconocerse encarnada en una vida.

Ser testigo de esperanza no significa ocultar las dificultades ni ofrecer una visión ingenua de la realidad. El cristianismo nunca ha prometido una existencia sin sufrimiento. La cruz permanece en el centro de nuestra fe. Precisamente por eso la esperanza cristiana posee una fuerza particular: no nace de negar el sufrimiento, sino de proclamar que incluso allí puede abrirse camino la vida.

El catequista está llamado a mostrar esta esperanza humilde. No necesita grandes discursos. Muchas veces la transmite mediante la perseverancia, la escucha, la cercanía y la capacidad de permanecer junto a las personas cuando las respuestas no son fáciles.

Quizá por ello necesitemos cuidar especialmente a nuestros catequistas. No podemos pedirles que sean testigos de esperanza si ellos mismos no encuentran espacios donde alimentar su fe. Su formación no puede limitarse a cuestiones pedagógicas o doctrinales. Necesitan oración, comunidad, acompañamiento y oportunidades para profundizar en su propia experiencia creyente.

La renovación de la catequesis pasa necesariamente por la renovación espiritual de quienes catequizan.

Peregrinos, no propietarios

La imagen elegida para el Jubileo —«Peregrinos de esperanza»— puede ofrecer también una clave para comprender la catequesis.

El peregrino sabe que todavía no ha llegado. Camina hacia una meta que orienta sus pasos, pero permanece en camino. Esta conciencia protege a la Iglesia de dos tentaciones contrapuestas: la nostalgia y la autosuficiencia.

La nostalgia mira constantemente hacia atrás y piensa que todo tiempo pasado fue mejor. La autosuficiencia, por el contrario, considera que basta con encontrar nuevos métodos, recursos o estrategias para garantizar el éxito de la evangelización. La esperanza cristiana permite superar ambas posiciones.

No somos propietarios de la fe, sino receptores de un don que estamos llamados a transmitir. Tampoco somos responsables últimos de su fecundidad. Nuestra tarea consiste en anunciar, acompañar, sembrar y servir. El crecimiento pertenece a Dios.

Esta perspectiva puede liberar también a la catequesis de una cierta ansiedad pastoral. Las dificultades actuales de transmisión de la fe son reales y no debemos minimizarlas. La disminución de la práctica religiosa, la fragilidad de la pertenencia eclesial o el abandono de muchos procesos catequéticos después de la recepción de los sacramentos plantean interrogantes serios.

Pero la respuesta no puede ser simplemente hacer más de lo mismo ni buscar desesperadamente una fórmula que garantice resultados. Tal vez el momento actual nos esté invitando a recuperar lo esencial: comunidades que viven el Evangelio, catequistas que testimonian su fe, procesos que acom-

pañan verdaderamente a las personas y un anuncio capaz de mostrar que Jesucristo sigue siendo buena noticia para la existencia humana.

La esperanza nos permite trabajar sin resignación y sin ansiedad. Nos invita a asumir nuestra responsabilidad y, al mismo tiempo, a reconocer que la Iglesia pertenece al Señor.

La catequesis, puerta de esperanza

El Jubileo terminará. Se cerrarán las Puertas Santas, concluirán las peregrinaciones extraordinarias y la vida eclesial continuará su camino. Sin embargo, la llamada a la esperanza no puede clausurarse con el Año Santo.

Tal vez uno de sus frutos pueda ser precisamente este: recuperar la esperanza como una categoría fundamental para pensar la evangelización y la catequesis.

Necesitamos una catequesis que enseñe a mirar el mundo sin ingenuidad, pero también sin desesperanza; que ayude a reconocer el mal sin concederle la última palabra; que permita afrontar la fragilidad sin identificarla con el fracaso; que acompañe las preguntas sin apresurarse a ofrecer respuestas superficiales; que anuncie a Jesucristo no como una idea del pasado, sino como aquel que continúa abriendo futuro.

Las páginas de este número de *Resonancias Catequéticas*, dedicado al Jubileo de la Esperanza, quieren contribuir modestamente a esta reflexión. Las distintas aportaciones que lo integran se aproximan desde perspectivas

diversas a una misma convicción: la esperanza pertenece al corazón de la experiencia cristiana y, precisamente por ello, pertenece también al corazón de la catequesis.

No se trata de añadir un nuevo tema a nuestros programas. Se trata de preguntarnos qué catequesis necesita una Iglesia llamada a ser signo de esperanza en nuestro tiempo.

Quizá la respuesta comience por algo sencillo y, al mismo tiempo, profundamente exigente: volver a mirar a Jesucristo.

En él descubrimos que Dios no abandona la historia. En él aprendemos que ninguna persona puede reducirse a sus heridas, que ninguna situación está completamente cerrada y que incluso la muerte puede convertirse en lugar de vida. En él encontramos la razón última por la que seguimos anunciando, acompañando, celebrando y catequizando.

La esperanza cristiana no consiste en saber qué ocurrirá mañana. Consiste en saber en quién hemos puesto nuestra confianza.

Por eso, educar en la fe es también educar en la esperanza. Y quizá pocas tareas sean hoy tan necesarias para la catequesis.